

velista, el corresponsal que telegrafió el suceso y la redacción del diario; es decir, un grupo de *intelectuales*, de gentes a quienes se debía suponer conocedoras de lo que representaba el nombre de Zola, aunque sólo fuese por la cultura noticiara que comunica el leer y copiar otros periódicos. Si esto ocurrió con un literato de fama tan universal como el autor de *Los Rougon*, no puede maravillarnos que ocurra continuamente con otros que, sin dejar de tener muchos méritos, no han logrado (ni por lo común lo han pretendido) hacerse populares. No hace falta ir a regiones lejanas; en Suecia, en Noruega, en Rusia, en el Japón, en China, hay sin duda innumerables literatos, dibujantes, hombres de ciencia cuya nombradía no traspasa los límites de su nación o de su localidad; pero no los hay menos, para gran parte de los europeos, en Inglaterra, verbigracia, o en el pueblo portugués. Podrían citarse numerosos poetas y novelistas de primer orden de ambos países, que, o no han llegado al público continental (al de los Estados *latinos*, singularmente), o comienzan ahora a ser fragmentariamente conocidos. ¡Cuánto bien haría para la depuración del gusto estético, la difusión de sus obras!

Ni el caso de la muerte, que es el momento de las alabanzas, pone remedio a esta limitación, fundamentalmente irremediable. Acabo de citar el hecho relativo a Zola. Con motivo del fallecimiento de Mommsen, advertía un escritor francés, el Dr. Levin, que hasta para morir se necesitaba suerte, en esto de la resonancia por el mundo; pues, sin negar ninguno de los grandes títulos que Mommsen tenía

para que su pérdida fuese lamentada por todos los hombres de cultura, resultaba una desproporción enorme entre sus necrologías francesas y las dedicadas a Helmholtz, «el genio más grande que en las ciencias naturales ha habido después de Newton, y a cuya labor debe la humanidad una herencia incomparable de hechos e ideas científicas»; a pesar de lo cual, casi no pasó de unos pocos renglones lo que le dedicaron los diarios franceses.

Pues bien: cuando pienso en todo esto, en el sinnúmero de hombres de valer cuya obra es ignorada por la inmensa mayoría de los demás, y que, a veces, ni aun se incorpora, anónima, al acervo común, o tarda mucho en conseguirlo; y cuando recuerdo ejemplos como los que he citado antes, no puedo menos de compadecer a esos infelices, verdaderos desgraciados dignos de lástima, que se agotan en esfuerzos por atraer hacia sus nombres la atención del público, sin otra mira fundamental en su trabajo, o se preocupan y hasta se desvelan ante la consideración del momento inevitable en que desaparecerán de esta tierra y se desvanecerá en la nada el conjunto admirable de energías que hoy forman su poder intelectual. ¡Triste es vivir preocupado por ese fantasma de la nombradía y de la gloria! Si alguna vez me tentara el diablo por este camino, es seguro que me salvarían de la caída las tarjetas de Navidad y Año Nuevo, y la historia de tantos hombres de valer positivo, a quienes sólo la casualidad me hizo conocer, hojeando bibliografías o viajando por el mundo.

RAFAEL ALTAMIRA

Durand I, rey de Francia

Hay en cierta parte de Europa un soberano más absoluto que Luis XIV o Napoleón, más autócrata que el Zar de todas las Rusias, y este soberano es el señor Durand, ciudadano francés.

Todo poderío emana de él. Hace las leyes, dicta la justicia, administra la cosa pública, reglamenta los matrimonios, los divorcios, los nacimientos y las sucesiones, interviene en los más